Otros donados hemos tenido y tenemos al presente muy buenos hijos, trabajadores y ejemplares, y entre ellos otro Juan como el pasado, que si todos los frailes fuésemos tan celosos de las cosas de la religión y tan observantes de lo que prometimos, como él (aunque no lo prometió) resplandecería la orden de San Francisco en el mundo más y, por ser vivo, no se especifica quién es y dónde al presente está.

CAPÍTULO XII. *De otros indios que han dado ejemplo de mucha edificación*

POR NO DEJAR OTROS BUENOS EJEMPLOS que se me han ofrecido, y por no hacer muy largo el capítulo pasado, acordé hacer otro de esta materia, que placiendo a Dios será más breve, si la razón no me obligare a ser más largo. Un mancebo, llamado don Juan, señor principal y natural de un pueblo de la provincia de Mechoacán, que en aquella lengua se llama Tarequato (como criado en la escuela de los religiosos), supo muy bien leer, y leyendo la vida de el glorioso padre San Francisco, que en aquella su lengua estaba traducida, vino en él tanta devoción y compunción y tan ferviente espíritu, que muchas veces y con muchas lágrimas hizo voto de vivir en el hábito y vida que mi padre San Francisco instituyó; de donde se colige cuán bueno y santo es leer libros buenos y las vidas de los santos, y cuán perjudicial y malo leer los de caballerías, pastoriles y profanos, pues es cierto que así como de los buenos se levantan los espíritus a cosas buenas y seguir los ejemplos de los santos, así también leyendo los profanos se incitan los deseos a cosas ilícitas y perniciosas y mucho con mayor fuerza a estas que son de relajación de espíritu, que a las de la virtud, por estar la naturaleza ya más hecha a la soltura y largueza de la malicia que no a las cosas buenas que pide la razón; como dijo Dios de los hombres, antes de el Diluvio,[1] tomándolo por uno de los principales fundamentos para destruir el mundo, por estar más inclinado al mal que al bien; y siendo esto así, lo cierto es también que con más facilidad tomarán las cosas malas, torpes, deshonestas y ociosas, que se escriben en los libros profanos, que las buenas que se escriben en los honestos y santos. Y volviendo a nuestro don Juan, digo que porque no se tuviese a liviandad su mudanza, perseverando en su propósito, dejó el hábito y ropa de señor que traía y buscando sayal grosero se vistió de él pobremente, y como por Dios se desnudó de sus ropas y se revistió de Dios, obró en él lo que tan dificultoso se le hizo a nuestros españoles, que fue hacer libres muchos esclavos que tenía, y predicóles y enseñóles la ley de Dios y atrájolos, cuanto pudo, a la guarda de sus santos mandamientos y rogóles que como buenos cristianos se amasen unos a otros. Díjoles también que se dolía, siendo él pecador, de haberlos tenido por esclavos, siendo todos comprados y libertados por

[1] Genes. 6 et 7.

la sangre de Jesucristo y que de allí adelante supiesen que eran libres; volviólos a amonestar con santas palabras, rogándoles que fuesen buenos cristianos. Entonces él, desnudo, por seguir a Cristo desnudo, renunció también el señorío y las joyas y muebles que tenía; repartiólo todo con los pobres, como otro Francisco a quien quería imitar, que todo lo puso a la distribución de su padre y hasta las ropas que traía vestidas; y pudo decir este virtuoso mancebo lo que mi padre San Francisco, de rodillas y levantados los ojos al cielo; hasta ahora llamaba padre en la tierra, ahora digo padre nuestro que estás en los cielos. Y con estos fervorosos deseos demandó muchas veces el hábito de la orden en Mechoacán. Y como allí no se lo diesen vínose a Mexico, y en el convento de San Francisco lo tornó a pedir, y como también allí se lo negasen, fuese con la misma demanda al santo obispo fray Juan Zumárraga, dándole cuenta de lo que tenía prometido. El cual, viendo su devoción y constante perseverancia, cobróle mucha afición y si pudiera lo consolara; empero ya sabía que los frailes no habían de venir en ello. De esta manera estuvo algún tiempo el buen don Juan, perseverando con su capotillo de sayal y dando siempre muy buen ejemplo hasta que llegó la Cuaresma y se volvió a Mechoacán por oír en su lengua los sermones de aquel santo tiempo y confesarse como lo hizo. Después de Pascua tornó a un Capítulo que se celebró en Mexico, perseverando en su demanda; y al cabo de su mucha diligencia lo que pudo alcanzar fue que con el mismo hábito o traje que traía anduviese entre los frailes y que si les pareciese tal su vida y perseverancia, entonces le darían el hábito de la probación. Y como al buen pagador no le duelen prendas condescendió el bendito mozo con lo determinado y quedóse a servir en el convento; y aunque la bondad de vida y la perseverancia no faltó en el indio, los frailes, después de haberlo largo tiempo consultado y remirado, acordaron de disimular con él y dilatarle el cumplimiento de la promesa, por no abrir la puerta para otros. Y así, en su hábito de donado, acabó la vida.

En Tlaxcalla, un don Diego de Paredes, señor de muchos vasallos, habiendo sido gobernador de aquella provincia, con consentimiento de su mujer, pidió al guardián de aquel convento le dejase estar en un rincón de aquella casa para encomendarse a Dios y hacer penitencia. Y con licencia de el provincial le dieron una celdilla en lo alto de los terrados, donde estuvo por espacio de cuatro o cinco años, sin tratar con gentes ni bajar, sino solamente a oír misa por una ventanilla que está en un rincón de el tránsito, por do bajan a la sacristía, de donde se ve el altar mayor; hasta que al cabo de este tiempo la mujer, por verse sola (que no tenían hijos) y hallándose embarazada con el cuidado de sus haciendas, pidió como por justicia que se lo diesen; y así hubo de volver a su casa contra su voluntad, obligado de la fuerza del matrimonio. Mucho antes de esto (porque era en el año de 36) de la misma Tlaxcalla salieron dos mancebos criados y doctrinados en el monasterio, habiendo primero confesado y comulgado y, sin despedirse ni decir cosa alguna a sus deudos, se fueron más de cincuenta leguas de allí, adonde, por ventura, entendieron que había más falta de el conocimiento de Dios, por no haber allí religiosos de asiento, con

celo de predicar la doctrina de la santa fe católica. Y después de haber hecho fruto con su ejemplo y palabra, y padecido harto trabajo y mengua de mantenimiento, por amor de Cristo, volvieron a su tierra, de que todo el pueblo recibió mucha edificación y particular contento los religiosos.

Un indio Miguel, natural de Quauhtitlan, salió muy buen latino y leía la gramática en el colegio de este Tlatelulco. Éste era muy buen cristiano, y amonestaba a sus discípulos el menosprecio de el mundo. Cayó enfermo en la gran pestilencia de que murió el año de 45. Y estando ya al cabo de la vida fuelo a visitar y consolar el padre fray Francisco de Bustamante; y entre otras cosas díjole en latín que se doliese mucho de sus pecados. El indio le respondió también en latín, y con gran sentimiento, diciéndole: ¡Oh padre!, por eso tengo yo gran dolor, porque no puedo tener tan gran arrepentimiento de ellos como yo quisiera. Bendito tal dolor y tal aparejo que no lo pide Dios mayor, ni mejor, para usar de misericordia con el pecador, cuanto más con quien tan pocos pecados tenía como aquel pobrecillo en la vida, por ser buena y desear amar y servir a Dios, y así fue rico en la muerte.

CAPÍTULO XIII. *Donde se responde a una objeción que se puede ofrecer, acerca de lo dicho, en orden de la bondad de estos indios*

ERCA DE LAS COSAS ARRIBA DICHAS, en los dos capítulos pasados, podría argüirme alguno y decir: Hermano, vos decís que los indios, comúnmente, tienen muchas condiciones e inclinaciones naturales, muy apropriadas para ayudarlos a ser buenos cristianos, y habéis traído ejemplos particulares de indios a quien Dios comunicó su espíritu que tuvieron deseo de servirle, renunciando el mundo y siguiendo la vida evangélica. Pues ¿qué es la causa porque a estos tales no se les dará el hábito de la religión, no solamente para legos, mas aun para sacerdotes, como en la primitiva iglesia se elegían los gentiles y judíos, nuevamente convertidos a la fe, para sacerdotes y obispos? Y parece sería esto de provecho para la conversión y buena cristianidad de toda su nación, por saber ellos mejor sus lenguas, para predicarles y administrarles en ellas más propria y perfectamente, y el pueblo tomaría y recibiría la doctrina de boca de sus naturales, con más voluntad que de los extraños. A esto bastaba responder brevemente confesando que así pasó en la primitiva iglesia y que entonces así convenía, porque Dios obraba con milagros en aquellos recién convertidos, y así eran santos y se ofrecían luego al matrimonio, por la confesión de el nombre de Jesucristo.

Y añado que puesto caso que no se presumiese en alguna manera que habían de volver al vómito de los ritos y ceremonias de su gentilidad (que es por donde la iglesia se mueve a privarlos de este beneficio a los recién